

CRIMES SANS CHÂTIMENT

Crímenes sin castigo

La acción humanitaria en ex Yugoslavia

1991-1993

Con el transcurso de los años, el CICR, que había escapado de un eurocentrismo que los países del hemisferio sur le reprochaban, se especializó, de cierta manera, en los conflictos del Tercer Mundo; ante el drama de ex Yugoslavia, se vio enfrentado con una guerra particularmente cruenta, en el mismo centro de Europa. Además, este conflicto se caracteriza por una conducta de los beligerantes increíblemente perversa e ignominiosa. ¿Cómo intentar hacer respetar el derecho humanitario si son incontables los acuerdos denunciados, los alto el fuego violados, las firmas deshonradas, las promesas solemnes nunca cumplidas, las resoluciones firmadas pero ignoradas, los convoyes de socorro atacados, el emblema de la cruz roja ostensiblemente ignorado?

En su excelente obra titulada «Crimes sans châtiment»*, Michèle Mercier, que fue jefa del Departamento de Comunicación del CICR, ha logrado dar a conocer y hacer comprender las inconmensurables dificultades con las que la Institución ha tropezado y aún tropieza al hilo de esta guerra tan cruel. Todo lo que el CICR ha tenido que afrontar y sobrellevar se describe en este libro con un estilo vivaz, la precisión apenas alterada por la emoción.

Cuando se lee este libro, aunque desprovisto de toda sensiblería y partidismo, se puede medir todo el alcance y el horror del drama. Pero, tras su lectura se pueden esgrimir los mejores argumentos para responder a las críticas de las que, con frecuencia, es objeto el CICR por haberse mostrado demasiado discreto cuando Bosnia ocupaba la primera página de los medios informativos. Por lo demás, en la obra se analiza el protagonismo de los periodistas, unos perniciosos, pertenecientes a un clan, cuando sembraban y fomentaban el odio, y otros heroicos cuando, en plena independencia, acosaban la verdad poniendo en peligro su vida.

Con un muy tupido telón de fondo, Michèle Mercier presenta numerosos relatos de acontecimientos, algunos mal conocidos, incluso en la sede del CICR, y se explaya en lo que vivieron, a veces día a día, los delegados en ex Yugoslavia, mencionando naturalmente el asesinato de Frédéric Maurice. Así pues, uno se entera de cómo el CICR, ante un horror al que no parecía estar preparado, efectúa «un cambio radical en la manera de abordar a las partes en conflicto». Y aunque suele sentirse solo, en ex Yugoslavia el CICR ha podido «contar con una reserva

* Michèle Mercier, *Crimes sans châtiment — L'action humanitaire en ex Yougoslavie, 1991-1993* (Crímenes sin castigo — La acción humanitaria en ex Yugoslavia, 1991-1993), Ets Emile Bruylant S.A., Bruselas, 324 pp.

de personas particularmente calificadas, que (...) intentaron conservar su dignidad humana, comprometida por el salvajismo de los comportamientos bélicos de compatriotas». Esta guerra, que no es civil, sino una «guerra contra las personas civiles», y, como dijo el 29 de julio de 1992, el señor presidente Sommaruga, «lleva ya impresa la funesta marca del más grande desastre humano de la postguerra en Europa», no ha dejado ilesos a los delegados que, en el caos, han intentado prestar asistencia y protección a las víctimas.

¿Qué pueden hacer ellos ante el fenómeno de purificación étnica, los traslados forzosos de población, las ejecuciones sumarias y esos «crímenes de guerra» que son la violación de mujeres e incluso de niños? ¿Cómo han podido soportar ver campamentos de detención arbitraria, que los testigos califican de «campamentos de la muerte», sobre todo cuando se sabe que toda la población está amenazada? ¿Qué pueden hacer cuando de los bombardeos los objetivos son hospitales? ¿Cómo, así, trazar el límite preciso entre las actividades humanitarias y las político-militares, sobre todo cuando la protección de la ONU, aunque sea en forma de escolta, les es necesaria para cumplir su misión, pero que no la tienen?

No faltan esos interrogantes que casi diariamente se les plantean. Así pues, a fin de salvar a la población perseguida que corre peligro de muerte, hay que trasladarla para protegerla, pero ha de saberse que trasladándola se participa, no obstante, en la abominable política de purificación étnica y que uno se hace cómplice de la misma. Y no faltan las trabas materiales. ¿Cómo hacer pasar convoyes, con frecuencia atacados y robados, por carreteras deterioradas a causa de la guerra y, peor aun, minadas? ¿Cómo no descorazonarse cuando se ve la impotencia o el egoísmo de la comunidad internacional que, no solo no proporciona sobre el terreno una ayuda que el CICR tiene derecho a esperar, sino que tampoco se da prisa alguna para acoger a los prisioneros liberados, y cuando las zonas llamadas «protegidas» no han podido serlo y se han convertido en objetivos? Los testimonios de los delegados un poco hastiados por la desgracia, plasmados en «Crimes sans châtiment», nos informan sobre el particular. Esas mujeres y esos hombres claman: «lo humanitario solo no puede hacer frente (...). Es como tratar un cáncer con aspirina (...). La acción humanitaria es el fruto de la desesperación de los políticos incapaces de promover una acción política (...). Uno de los efectos perversos de la acción humanitaria es que contribuye a rebajar el remordimiento, descartando así la búsqueda de soluciones (...). No logramos proteger a las personas y, a veces, nuestra presencia les hace correr más riesgos». ¿Qué pueden hacer, dada la inexorabilidad de un plan de destrucción que ninguna fuerza político-militar detiene, mientras que ellos mismos son víctimas de ataques directos y de emboscadas por parte tanto de los militares como de elementos incontrolados?

¿Cómo difundir, en tales circunstancias, los principios esenciales del derecho humanitario? El señor Daniel Masse, encargado de la difusión, apostilla: «El único sentido de los valores que he podido identificar hasta la fecha, es el de la violencia, de la supervivencia a toda costa, es decir, destruir al otro para poder sobrevivir y garantizar la supervivencia de la nación mediante la eliminación o

la expulsión total de los otros». El doctor Barthold Brerens de Haan, médico encargado del expediente de ex Yugoslavia, afirma que hay vidas que desaparecen «en lugares secretos y ocultos, donde, por miles, se elimina física y psíquicamente a las personas en matanzas, torturas y violaciones sexuales». En esas condiciones, la dirección de Actividades Operacionales del CICR debe dar con los medios para salvaguardar la seguridad de los delegados y, al mismo tiempo, hacer todo lo posible para desempeñar su cometido en favor de las víctimas.

El presidente, en un lenguaje implacablemente claro, denuncia en voz alta y con firmeza los crímenes cometidos, mientras que los responsables de las partes en conflicto mienten y niegan sistemáticamente sus compromisos. Tan solo del 21 de julio de 1991 al 3 de agosto de 1992, el CICR se dirigió 34 veces a la comunidad internacional y a la opinión pública para denunciar lo peor. Hizo gestiones ante interlocutores oficiales, como diplomáticos destacados en Ginebra. Pero a pesar de todos los planes de paz que se han trazado, la guerra continúa.

A una conclusión muy contundente sigue una cronología detallada de 27 páginas, 14 de ellas con puntos de referencia, cuadros y numerosos documentos. Ayudan a ver los obstáculos con que el CICR tropieza.

*Isabelle Vichniac***

** Isabelle Vichniac, corresponsal del diario «Le Monde» ante las organizaciones internacionales en Ginebra, es autora de *Croix-Rouge, les stratèges de la bonne conscience* (Alain Moreau, París, 1988). Véase *RICR*, noviembre-diciembre de 1988, pp. 604-606.